

PORTALES



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.

30

PORTALES

- 04 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXIX)
- 06 Patricia Sánchez
BESOS FURTIVOS
- 08 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 10 Carlos San Jorge
POR TALES
- 12 Beatriz Gorjón
PRESENTE
- 14 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES
A-B-CINDARIO
- 16 VÍSCERAS INVITADAS: CARLOS M. HERNÁNDEZ
SIN TÍTULO
- 18 VÍSCERAS INVITADAS: ANTONIO CARREÑO
HASTA QUE PASE LA TORMENTA
- 20 Pedro Vez Luque
LA OBRA

*Cuando estés recién muerto,
aún con la tibia tibia,
aún con las uñas cortas,
querrás hacer algo
—lo que podías hacer ahora—;
y ya habrán cerrado las tiendas y portales,
y ya será muy tarde para llegar a tiempo
a los que hoy te aman.*

Gloria Fuertes - **Advertencia**

Limpiarlos es necesario, dormir en ellos no es divertido, nombrarlos en inglés nos recuerda a juegos de mesa antiguos, hacer un verso en ellos mientras esperas a tu nueva novia es emocionante, refugiarte de los indeseables en su cálida morada es reconfortante, remodelarlos es caro, iluminarlos es cuestión de gustos... Pero añadirles un espejo y traspasarlos es ciencia ficción.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXIX)

CARLOS VICENTE



Siempre quise escribir una obra de teatro en forma de monólogo, pero nunca lo haré, sobre un nuevo profeta que cante las verdades a la gente que se cree con la capacidad de decirte lo que tienes o no que hacer. Escribiría algo muy críptico, algo que nadie entendería, excepto la gente que trabajara conmigo. Y ni eso. Sería algo así como...

Un hombre, vestido de negro y descalzo, habla bajo un frondoso árbol frente a las lápidas de un cementerio.

Profeta: Odiamos lo que fuimos porque nuestros padres empezaron limpiando portales y ahora utilizan la escuadra y el cartabón allá en el cielo. Y, mientras, nosotros seguimos aquí con la tecla y la lágrima que nos hace creer que somos víctimas de algo que jamás entendimos y, probablemente, nunca existió. Ojalá pudiéramos traspasar el tiempo y volver atrás. Ojalá supiéramos distinguir al hermano del tigre disfrazado de buenas intenciones. La roca y la sombra no son nada la una sin la otra. Si nos fijásemos en la geología de los tiempos, conoceríamos más sobre nuestro destino, que está ahí sin decir «hola» y nos señala cuál será la morfología de nuestras almas. Ya no queremos ver, ni oír, ni escuchar. Sólo llorar y hacer sangrar las pocas neuronas que, en forma de ceros y unos, nos sobrevivirán para sorprender a todos aquellos que milagrosamente estarán ahí para, lejos de juzgarnos, comprendernos. ¡Qué envidia! ¡Qué maldita envidia no traspasar sentimientos que nada tienen que ver con los de mis antepasados! Por eso, yo os maldigo, vengadores que utilizáis la rosa como excusa para condenarnos a todos a vuestro infierno, a vuestra revolución. Sólo nos dejáis el consuelo de saber que Robespierre pasó también su cuello por el filo de su propia distopía y que Marat murió ahogado en su propia sangre. No nos robéis el tiempo, ni el espacio, ni las derrotas. Es lo que nos hace más fuertes y llegará un momento en el que viviremos el apocalipsis esperando la victoria escondidos en nuestros zaguanes.

Y, así, el profeta seguiría hablando a sus inermes seguidores hasta que en sus últimas frases moriría arrasado por un rayo y acabaría en una de esas tumbas.

Ezequiel Solana cerró el sobre jurándose que sería su último intento, su última carta. Se lo juró totalmente convencido de que así sería, exactamente igual que en las cuarenta y nueve ocasiones anteriores. No volvería a desnudarse como había hecho en esas páginas. Hasta aquí había llegado. No volvería a abrirse en esa suerte de autopsia que era intentar interesarla. Renegaba del siglo en el que vivía, de la inmediatez del contacto artificial, de la posibilidad de mandarle un mensaje instantáneo porque ¿qué iba a hacer si ella contestaba? ¿Tendría que dejar atrás el insoportable miedo que le supondría saberla consciente de su existencia? ¿No le quedaría más remedio que hundirse en la taquicardia que le provocaría pensar siquiera en descubrir cómo olía, cómo sabía, en sentir su respiración? Dejó caer la carta en el interior de aquel gastado buzón sabiéndose ese cobarde incapaz de acercarse al abismo que supondría tener los arrestos de conocerla.

Elena Peláez miró a su alrededor mientras cerraba la bolsa. Un nuevo sobre en blanco, sin dirección, sin remitente. Estaba segura de que quien lo echara a ese buzón que formaba parte de su ruta diaria tenía que vivir cerca, en esa misma calle, en alguno de esos portales que visitaba día sí, día también para entregar paquetes, cartas del banco, multas y facturas. Fantaseaba con que algún día llegaría en el momento justo y le diría a ese escritor anónimo que guardaba los cuarenta y nueve sobres silenciosos en una caja en el almacén, esperando para devolvérselos o para preguntarle por el destinatario. No sabía qué escondían, pero era una romántica inquebrantable que se inventaba una bonita y triste historia de amor que ella, en algún momento, podría ayudar a resolver.

De vuelta a casa, Ezequiel Solana cogió un tercio de la nevera, disfrutó del primer trago y sacó otro par de folios en blanco del cajón para empezar la que se juró sería su última carta.

Elena Peláez cerró la puerta lateral del buzón y revisó el listado con todo lo pendiente. Echó un último vistazo alrededor y se dirigió al número 22, donde tenía que entregar dos certificados y una orden de alejamiento.

Y ambos suspiraron. A la vez. Sin saberlo. Mientras pensaban que la vida era más sencilla cuando los portales eran simplemente esos lugares en los que darse, a escondidas, besos furtivos.

PATRICIA SÁNCHEZ

BESOS FURTIVOS





LA PUERTA DE LA SABIDURÍA

La Puerta de la Sabiduría es más que una entrada física; es un umbral simbólico hacia el conocimiento y el crecimiento personal. Cruzarla representa un compromiso con la búsqueda incansable de la verdad, el desarrollo del pensamiento crítico y el enriquecimiento del espíritu humano.

Cada día, cientos de estudiantes, profesores y soñadores pasan bajo su arco, llevando consigo aspiraciones, preguntas y desafíos. En ese espacio, la curiosidad se transforma en descubrimiento y las ideas se entrelazan para dar forma a futuros más prometedores.

La puerta de la sabiduría no sólo invita a aprender, sino también a compartir, a debatir y a crear, recordando que el conocimiento es un viaje colectivo y eterno.

LA FOTO

de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ
para PORTALES

POR TALES

CARLOS SAN JORGE



NOTA ACLARATORIA DEL AUTOR:

Otro mes más me planto frente al portátil ya viejito, lo abro, lo enciendo, espero a que se cargue y, cuando por fin lo hace, abro la ventana del editor de texto. En todo este proceso, en días así, en los que no tengo ni idea de qué escribir, llamo por activa y por pasiva a esa musa que me rehúye de forma estrepitosa. Y sí, es cierto que el tema, como otros meses, lo hemos tenido con tiempo de sobra para escribir un texto que ocupara aunque fueran 19 líneas. Y sí, también es cierto que en este periodo no puedo poner la excusa del tiempo, porque, si bien, en otras ocasiones en mi agenda no tenía lugar ni para parpadear, en todo este tiempo el ocio ha tenido más presencia en mi calendario.

Lamento mucho los daños colaterales y las expectativas incumplidas por la ausencia de mi texto. Pido también mi más sinceras disculpas a los correctores, la editora y a la cúpula de esta editorial por la demora en mi entrega, para finalmente no tener nada que mostrar. Nada de nada. Y sí, soy muy consciente de que el tiempo no perdona, pero la inspiración, por más que la busco, la llamo y la imploro, no hace acto de presencia.

Por tales motivos y, sintiéndolo mucho, en este número no puedo proporcionarle a esta magna revista ningún texto, aunque sea chiquinino. Espero puedan comprenderlo y no tomen represalias.

Fdo.: El autor.

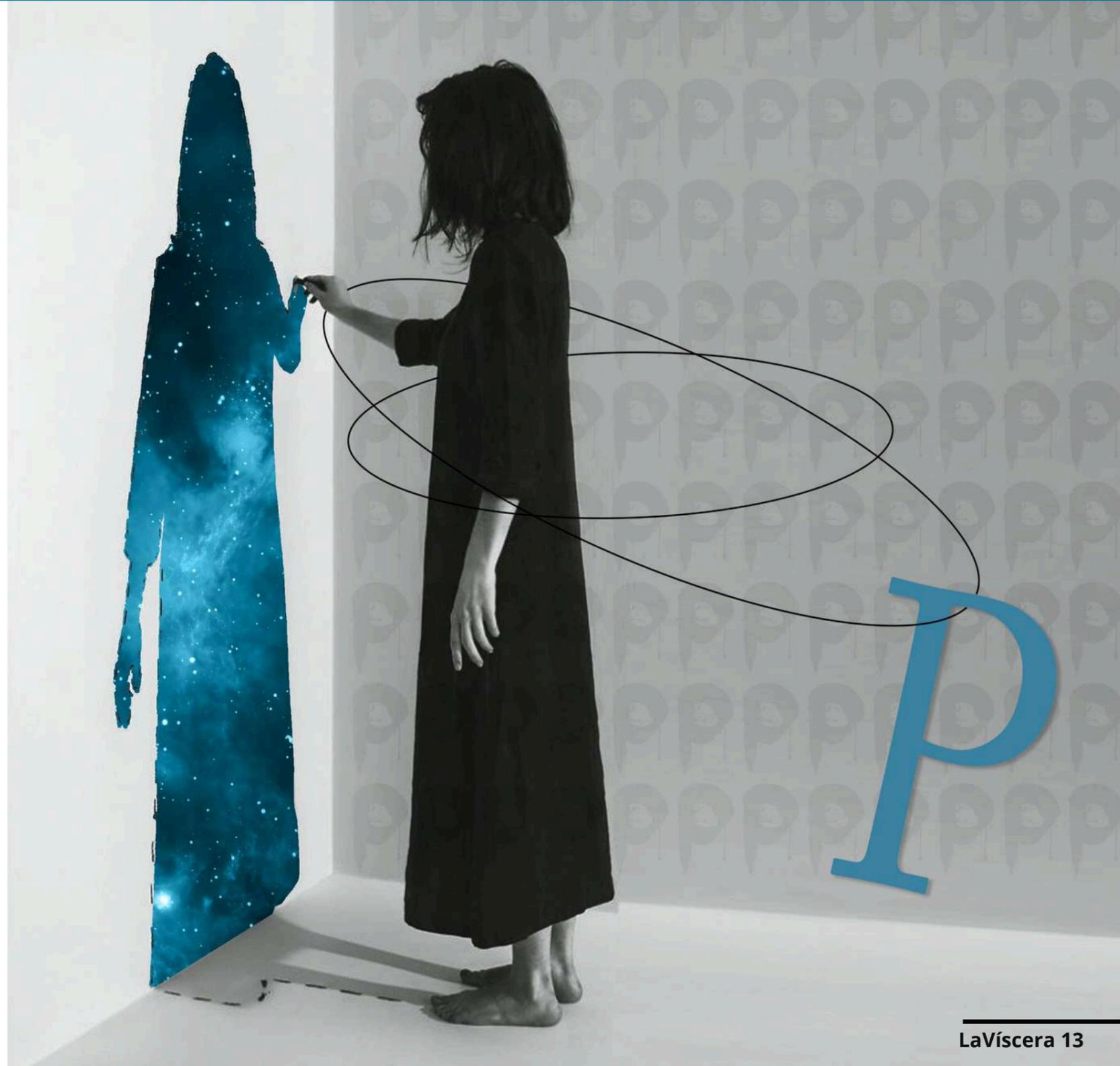
PRESENTE

BEATRIZ GORJÓN

Por portales profundos pasan pensamientos,
persiguiendo:
penumbras,
preguntas,
promesas,
pasos prestados...

Puertas pesadas protegen:
pecados prohibidos,
promesas perpetuas,
palabras profundas,
poemas pendientes...

¿Puedo pedir perdón por perderme?





EDWING VLADIMIR ESTROFAS VISCERALES

A-B-CINDARIO

La trampa neoliberal ha arrasado lo que culturalmente era más nuestro: el vecindario.

Barrotes, llaves magnéticas, porteros automáticos con códigos, cámaras con infrarrojos, antirrobo y carteles de prohibido jugar a la pelota. Menuda derrota. Ya no se pide sal, sino «sal de aquí, me molestas ¡no vivas que me molestas! esos niños necesitan bozal y tu rellano apesta. A ver si me toca la lotería y me piro a un chalé con muros altos, sin gente cerca»

¿Dónde quedó el bello concepto de la zona común? Las vecinas poniendo y cuidando plantas para todos. Charlas de patio de luces, corralas, rellanos cómplices y apoyo mutuo. Conocernos por nuestros nombres, nuestras historias, saber de dolores y de compartir felicidades.

Ahora, imponentes colmenas de hormigón proponen vidas idílicas en zonas residenciales *aesthetic*. Jardines, piscinas y pistas de pádel. Pero nadie se cruza con ninguno, ninguno necesita de nadie. Ya no tenemos nombres, tenemos letras: la del A, el del C. Del vecindario al A-B-Cindario. Menuda derrota.

Si los portales hablaran...



VÍSCERAS INVITADAS:
CARLOS MIGUEL HERNÁNDEZ

 carlosmh.art



HASTA LA PRÓXIMA TORMENTA

Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos.
Rayuela – Julio Cortázar

El rayo antecedió al trueno, y el trueno al aguacero.
Corrí al portal más cercano, donde el balcón del primer piso ofrecía un débil refugio.
Y, entonces, apareció ella.
Con la urgencia con la que aparecen los aguaceros.
Abrigo cámel, gorro de lana blanco y esas botas marrones que parecen pantuflas.
Calada hasta los huesos, se acomodó a unos centímetros de mí. Rozamos nuestros
abrigos y pude percibir un aroma a violeta, potenciado por la lluvia en su piel.

—Perdona —sonrió.

El narrador de mi cabeza despertó de su letargo:
*Ya te has enamorado, ¿verdad? Dile algo. Solo necesitas la torpeza encantadora de Hugh Grant,
la dosis justa de humor irónico y un diálogo memorable.*

—Tranquila —le respondí. A ella, no a mi cabeza.

El narrador no dio tregua:
*¿Tranquila? No me jodas. ¿Sólo vas a decir eso? Esta ciudad tiene más de tres millones de
habitantes. Más de 600 km². Y estáis juntos como dos náufragos en la tormenta.*

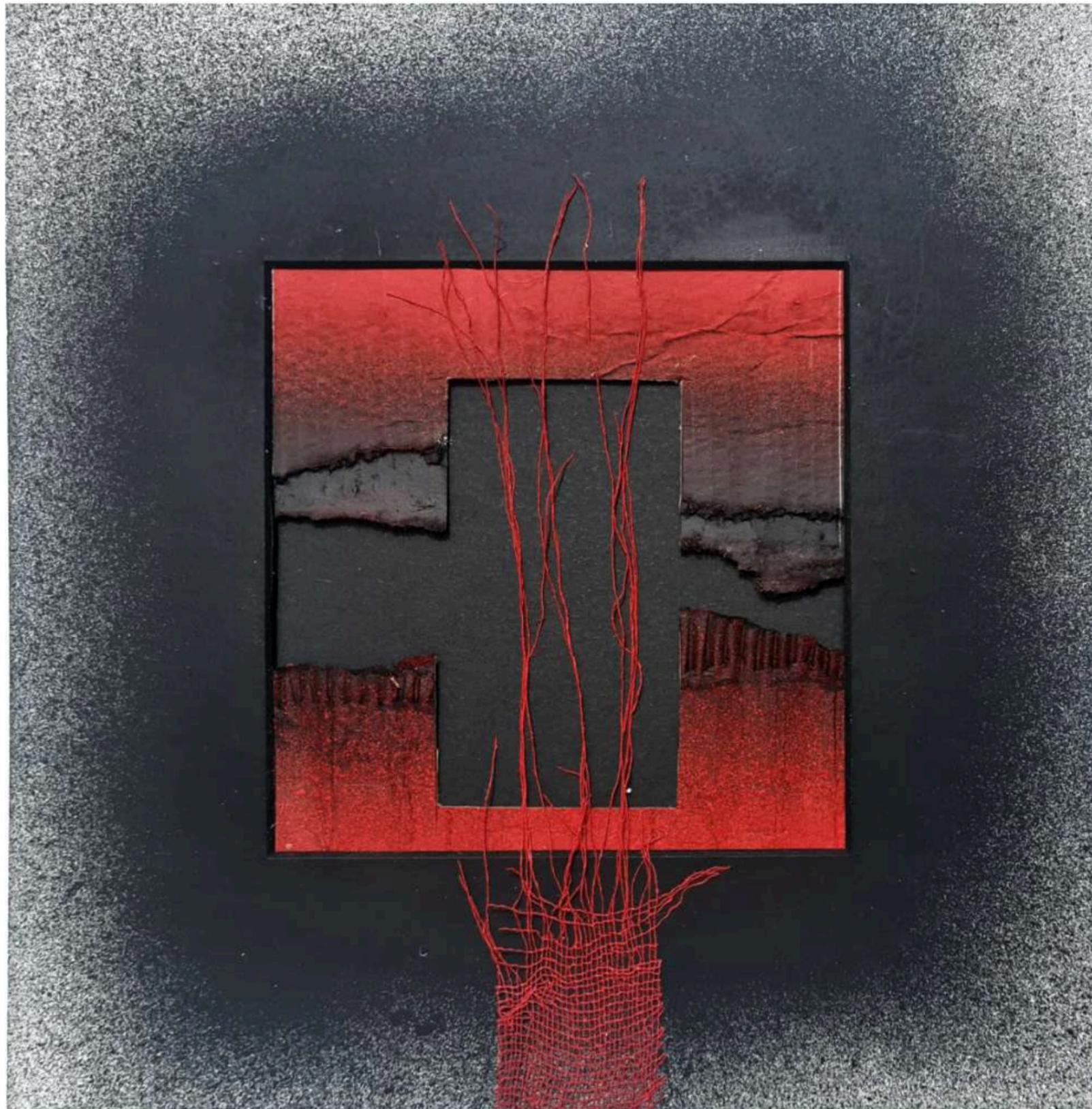
Tenía razón. Yo la miraba, buscando la frase exacta, mientras ella seguía mirando al cielo.
La tenía en la punta de la lengua.

Pero entonces, llegó el sol. Como una bofetada de luz.
La lluvia había terminado.
Y ella se abalanzó de nuevo al asfalto, hacia Dios sabe dónde.

—¡Hasta la próxima tormenta! —me gritó.

Aquella mañana llegué tarde a la oficina. Alguien comentó al verme entrar:
«Alegra esa cara, que siempre sale el sol»

Y terminó de amargarme el día.



LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE
para PORTALES

vez luque
2025



LA
VISCERA
Magazine